



Sin duda, todo quedó atrás aquel glorioso 14 de julio en el que el cura de Atienza se vio arropado por las primeras autoridades civiles y religiosas de la provincia, y por las gentes del pueblo, que admiraron, y continuaron admirando después, el logro.

En el Museo de San Gil podían verse las tablas originales del siglo XV que representan a las Sibilas y los Profetas, que fueron sacadas de la iglesia de Santa María del Rey poco antes de que la humedad, o las malas artes, se las llevasen a mejor mundo; parte de la orfebrería; piezas que nadie en Atienza se imaginaba que existiesen; enormes lienzos, esculturas prodigiosas, cruces, cristos...

Se llenó el Museo. La iglesia, a partir de entonces, para quienes la conocimos como granero, aserradero, almacén municipal o simplemente ruina de los tiempos, lució como nunca antes lo hiciese. Y lo continúa haciendo.

A este, el primero, llegó un segundo, en San Bartolomé. Y a este sucedió el tercero, en la Santísima Trinidad. Son quizá las piedras angulares del arte de Atienza que complementan la historia de nuestros días y resumen la que quedó velada por el pasar de los siglos. Son el hoy de lo que nos dejó el ayer.

Aquel día, ahora se cumplen treinta años, comenzó a forjarse la nueva historia de Atienza, la de sus museos. Y justo es felicitar, llegados a ellos, a quienes, de una u otra manera consiguieron transformar el pasado ruinoso en presente glorioso, comenzando por el párroco que abrió las puertas de Atienza al mundo, aquel 14 de julio de 1990.

La visita, a cualquiera de ellos, obligada es.